

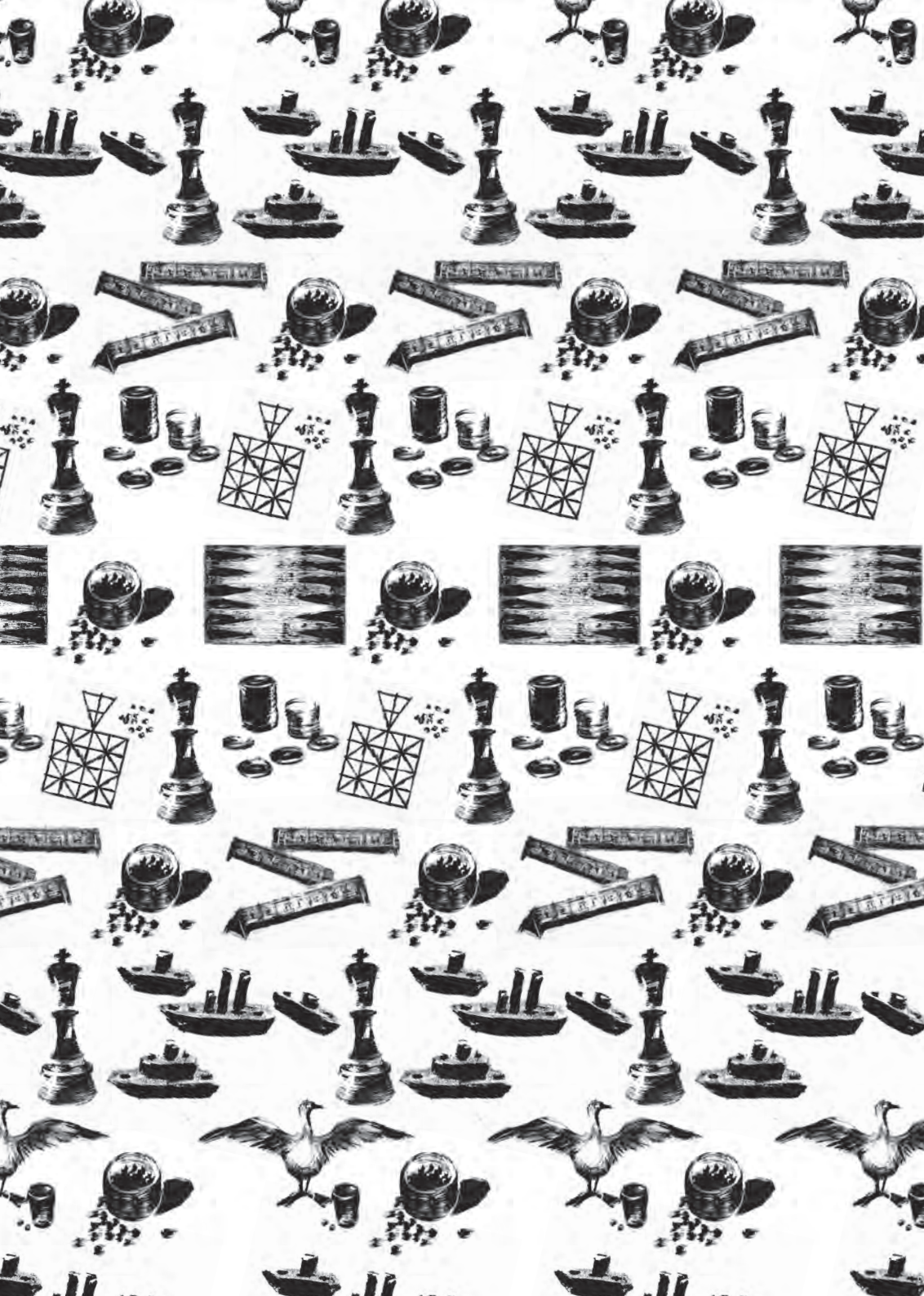
# Tableros

## El cuerpo está en juego

Magdi Kelisek

Ilustraciones de  
Sebastián Dufour





# Tableros

## El cuerpo está en juego

# Tableros

## El cuerpo está en juego

**Magdi Kelisek**

Ilustraciones de Sebastián Dufour



LOS ESPECIALES DE

*A la orilla del viento*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2024

---

Kelisek, Magdi

Tableros. El cuerpo está en juego / Magdi Kelisek; ilustrado por Sebastián Dufour.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.

160 p.; 15 x 21 cm. - (Los Especiales de A la Orilla del Viento)

ISBN 978-987-719-487-6

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. 2. Narrativa argentina. 3. Cuentos.  
I. Dufour, Sebastián, illus. II. Título.

CDD A863.928.3

---

*Distribución mundial*

© Magdi Kelisek, del texto, 2024

© Sebastián Dufour, de las ilustraciones, 2024

D. R. © 2023, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S.A.  
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina  
Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Edición: Lola Rubio  
Corrección: Patricia Motto Rouco  
Diseño y armado: Rafael Medel y López

ISBN: 978-987-719-487-6

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2024 en Talleres Gráficos  
Eliás Porter, Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.  
La tirada fue de 2.500 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723



# ÍNDICE

Damas. Partidas	12
Scrabble. El final	44
Go. La más preciada	52
Trapial Kuzen. El puma y los perros	68
Ajedrez. El iluminado	76
Backgammon. La salida	88
Batalla naval. El manjar de los dioses	106
Juego de la oca. Ave pequeña	114

*A Dani,  
que le entusiasma vivir, porque sabe jugar.  
Y sabe jugar, porque le entusiasma vivir.*  
M.K.

*A mi maestro Daisaku Ikeda.*  
S.D.

Jugamos a ser serios, jugamos a la verdad,  
jugamos a la realidad, jugamos al trabajo  
y a la lucha, jugamos al amor y a la muerte,  
y hasta jugamos a jugar.

EUGEN FINK, *Oasis de la felicidad*



# DAMAS



El máximo grado de la reflexión se ve puesto a prueba por el modesto juego de damas en forma más intensa y beneficiosa que por toda la estudiada frivolidad del ajedrez.

EDGAR ALLAN POE, *Los crímenes de la calle Morgue*

# PARTIDAS

Afuera nevaba.

Distanciados por algunas calles, él y ella se sirvieron un café, y se sentaron frente a la pantalla para reiniciar la partida.

Se habían vuelto a ver en la Universidad de Alberta, Canadá, donde ambos cursaban la carrera de Física. Y allí mismo acordaron día y hora.

La partida de damas que ahora retomaban había sido interrumpida por la fatalidad,

una y otra vez a lo largo de milenios. Sin embargo, ella y él se habían prometido llegar hasta el final del juego, en cada encuentro de sus vidas sucesivas.

Riéndose de ellos y procurando desalentarlos, el tiempo fue variando los espacios del tablero, algunas reglas, el nombre del juego, la tierra en donde jugarlo.



Él y ella se habían conocido en Tebas, cuando reinaba el segundo Ramsés, un mediodía de calor y humedades.

Por la calle principal, a la sombra de un tamarisco, él se había sentado a comer uvas, cansado ya de acarrear sus canastos. Ella pasaba llevando tejidos de lino y se sentó a su lado con la intención de trocar ropas por legumbres y algunas cebollas.

Mientras hablaban de sus vidas, él fue dibujando en el suelo arenoso la cuadrícula, y mostrándole a ella unas habas y unas piedras a modo de peones, la invitó a jugar al seega.

Sonriendo, ella eligió las habas. Cada uno fue colocando sus doce peones en los veinticinco casilleros, dejando libre solo el centro. Luego comenzaron a moverlos, uno por uno, a fin de ir aprisionando adversarios para sacarlos de combate.

La pasión por el juego y las ansias de ganar los habían abstraído de tal manera que al principio no percibieron el viento. Comenzó leve y fue aumentando, precipitándose en oleadas húmedas, arremolinando el polvo, desdibujando la cuadrícula. Entonces ella y él se levantaron, sintieron ese olor que traía, ese sordo rumor... Vieron correr a la gente, se estrecharon las manos, y le rogaron a Osiris un sortilegio: volver a jugar.

Una nueva oleada sopló con fuerza arrastrando un manto de negrura. La nube cubrió la ciudad y se desgranó en lluvia de langostas que se estrella-  
ban hambrientas contra todas las cosas.

Millones de ellas asaltaron las calles, los jardines y las casas, las ropas al sol, los cueros, los alimentos y las cestas de papiro, y se arrojaron sobre los animales y las gentes.

No les dieron tiempo, ni a él ni a ella. Las langostas se les metieron por los gritos, por las narices, por los oídos, por los párpados crispados... Ellos se contorsionaban y agitaban las manos con desesperación para quitárselas, pero eran tantas, tantas, que en pocos minutos se habían convertido en capullos bajo capas y capas de insectos muertos y otros vivos que los devoraban y se devoraban entre sí.



La rueda del tiempo siguió dando vueltas. Pasaron más de mil años de aquel infortunio. Se contaban casi ocho décadas desde del nacimiento del Hijo de Dios.

Esta vez, ella y él se encontraron en Pompeya, ciudad del Antiguo Imperio. Él había llegado desde Roma con sus tintes y herramientas, iba a ganarse la vida pintando frescos en las casas de ricos comerciantes.

Encargó en la taberna una habitación y una jarra de vino, y después se encaminó hasta el lupanar, ansiaba abandonarse en los brazos de alguna mujer. Entonces la vio. Ella esperaba clientes sentada tras la cortina junto a otras servidoras. Estaba vestida con unas gasas y tenía, como siempre, los ojos llenos de soles.

Él le pidió que se vistiera y pagó a la encargada varios turnos. Y como ella y él sabían que no era cuestión de confundirse, porque la

competencia y el amor no suelen conciliarse, él se la llevó de allí hacia el mercado del foro. Compraron un tablero de madera, unas piezas de hueso, otras de vidrio, y pidieron prestada una mesa cerca de los corredores que bordeaban la plaza. Se acomodaron y se dispusieron a jugar al latrunculi, el juego de los ladrones.

El modo de juego seguía siendo casi el mismo. Sin embargo, ahora la cuadrícula era más amplia, de sesenta y cuatro casilleros, y los peones de cada rival sumaban apenas ocho, formados en una sola línea en los extremos.

Él y ella se enfrentaban en silencio. Los codos clavados en la mesa les sostenía la curva tensa de la espalda. Él contraía el ceño como piedra, ella se mordisqueaba los labios. La lucha era reñida y se iban arrimando grandes y chicos para verlos jugar. Alguien notó en ella las mejillas pálidas y les trajo dos vasos de licor tibio, con miel.



Después de un rato, cuando el público festejaba la estrategia de él y la ventaja sobre ella, comenzaron los temblores. Ganas de quejarse, decían de la tierra. Se venían repitiendo desde hacía varios días, casi igual a los de los últimos años, y la cuestión parecía no preocuparle a nadie.

El juego no se detuvo hasta aquella sacudida. Una sacudida que desencajó el mundo con estruendo de muerte y después ya nada fue lo que había sido. Ella y él y los otros se levantaron, él la vio tambalearse y se apuró a sostenerle la frente mientras vomitaba. La gente empezó a correr. Se oían explosiones, alaridos, y pasaron gimiendo algunos perros. Él y ella se miraron desdibujados dentro de una nube de partículas, entre el polvo del piso asomaba un borde del tablero, algunas piezas. Entonces, sin esperanzas, suplicaron a Isis y repitieron su promesa.

El volcán lanzaba bocanadas de humo ácido, rocas, cenizas. En la ciudad, las avalanchas y las convulsiones de la tierra derribaban los muros, los tejados. Ella y él corrían entre la gente que escapaba, se caía, gritaba, a la vez que llovían escombros y el aire encendía la piel, atravesaba la garganta, abrasaba las entrañas...

No llegaron al mar. Ni él, ni ella, ni los otros. Mantas y mantas de cenizas les guardaron el sueño.







Ella había bebido a grandes sorbos el agua de Zamzam, el pozo sagrado de La Meca. Sumergió el manto y llenó el odre, quería llevarse de regreso a Medina un poco más de ese milagro que disiparía las sombras de su destino.

Anduvo un trecho y comenzó a dar la primera vuelta alrededor de la Kaaba, el templo en forma de cubo, la casa de Alá y de la sagrada piedra. Podían verse en su interior las imágenes de antiguos dioses que todavía alguna gente veneraba.

Ella debía dar las siete vueltas y luego se prostraría a orar para que Alá la protegiera. *No hay más dios que Alá, el único dios verdadero, y Mahoma es su profeta.*

Él había venido desde Persia en caravana junto a otros mercaderes, con el propósito de

vender incienso, oro, especias. Dejó su tienda y su camello y caminó largo rato hasta la Kaaba, impaciente por rogar a sus diosas buena salud y fortuna. Se arrodilló frente a la imagen blanca de Alilat, la madre Sol, hija del padre Luna. *Alilat, fuente de vida, sé benigna con tu siervo. Volaré tras la grandeza soportando el rigor, afrontando privaciones. Y si no, seré el más vil de los nacidos.*

Luego de orar cada uno a su dios, ella y él se incorporaron, y por esas cuestiones que la razón desconoce, se presintieron.

Desde la última vez, habían pasado tantas centurias como los dedos de una mano, y algo más. Ella lo buscó entre los peregrinos, él la vio y le jugó a las escondidas, agitando una y otra vez una seda carmesí. Entre risas, estrecharon sus manos y fueron a sentarse más allá, hacia un costado de la vía que llevaba a la Kaaba, en un muro bajo de adobe.

Él le miró la mancha verdevioleta que se extendía por su ojo y la mejilla. Ella se cubrió con el velo, y le contó de su matrimonio siendo niña, de su esposo y las plantaciones de café, murmuró que ella no le obedecía, y le confesó, acunándose el vientre, que no quería regresar. Le habló también de Mahoma, el Profeta, allá en Medina, que ordena obrar con virtud, y de Alá, el único dios, que promete la gloria en recompensa.

Él le contó de su infancia entre los beduinos, de sus viajes, de la vida en el desierto, de su libertad. Le habló de las bondades de sus diosas, de que ellas resplandecen junto a Alá, el supremo, en el reino celeste. Puso en sus manos una cajita con mirra para perfumarle la fe, y ella, bajando los ojos, le pidió jugar al quirkat.

Alguien en la caravana tendría uno, sugirió él. Entonces fueron andando hacia allí, entre

la gente que iba y venía cargando mercancías, ofrendas, hijos, animales. Caminaron largo rato y no se dieron cuenta de que, a media distancia, tres hombres los seguían.

Él y ella alcanzaron las afueras de la ciudad, donde los camellos se echaban al descanso y las tiendas se abrían como flores sobre las dunas salpicadas de sombras de palmeras.

En la tienda de un beduino, socio de andanzas, él pidió prestado un tablero y unas fichas. A la vez que los miraba con picardía, el beduino les alcanzó un envoltorio de paño, y les ofreció una amplia alfombra y una mesita baja donde acomodarse.

Cuando desarrollaron el juego, sus ojos se iluminaron. El tablero era de madera laqueada en tono oscuro, filigranado en oro, y resaltaba la belleza de las piedras: cornalinas y turquesas.



El tiempo había reducido nuevamente la cuadrícula, esta vez a dieciséis casilleros. A los ejes perpendiculares se agregaban ejes diagonales, y en las intersecciones se ubicaban veinticuatro piedras: doce y doce, enfrentadas, dejando libre la cruceta del centro. Ahora estaba permitido adelantar en cualquier sentido, y se capturaba al rival saltando sobre él hacia un lugar contiguo y vacío.

Apenas habían realizado unos pocos movimientos, cuando irrumpieron en la tienda los tres hombres que los seguían, armados con cimitarras cortas. Uno se arrojó encima de ella, la tomó del brazo y los cabellos y fue arrastrándola hacia afuera entre gruñidos, acusándola por haberse ido de su casa a hurtadillas, y anunciándole el castigo que su esposo había ordenado: regresarla con vida, y llevarle en un cofre sus dos orejas.

Él saltó para evitar esa desgracia, el beduino tomó dos alfanjes y le alcanzó uno. Entonces se sumaron furiosos los otros hombres y el aire se enturbió de tantos gritos... Los cuerpos se retorcieron en medio de forcejeos, golpes, punzadas, y la sangre ahogó uno a uno a los pájaros de la alfombra.

Cuando otros corrieron desde distintas tiendas ya era tarde. Solo vivió un hombre que hubiera podido contarlo, pero si regresaba a Medina donde estaba su jefe, también podía darse por muerto.



El viento sopló al noreste siete siglos, empujando el mar bajo el condado de Barcelona. Se contaban catorce, aseguraban los cristianos, desde que el Mesías había enseñado la paz a los hombres.

En el barrio de La Ribera, sentado frente a una iglesia, él jugaba con un niño. Decía *abracadabra* y sus manos dibujaban el aire mientras hacían desaparecer una piedra; entonces el niño reía, sonrojado y sudoroso, y adivinaba el escondite.

Ella dio vuelta a la esquina y se paró a mirarlos. En un momento se acercó a él la madre del niño gritándole insultos, comenzó a tiro- near de su hijo y se lo llevó de allí a coscorrones. Él los vio alejarse con fastidio, y apoyó la cabeza entre las manos.

A esa hora la luz se llevaba la tarde, y en esos tiempos de zozobra, las calles quedaban casi desiertas. Todavía se mezclaban en el aire los olores que venían del puerto con aquellos que emanaban de la ciudad. A pescado, a desperdicios, a cadáveres amontonados por la peste, ingredientes que el sol había cocinado a fuego lento.

Todo el día él había tirado de la carretilla, juntando trapos para hacer papel. En el taller tenía trabajo pendiente: unos libros que le había encargado el contador y otros el notario, pero no estaba de ánimo. Se sobresaltó cuando le tocaron el hombro.

Ella estaba de pie junto a él y lo miraba con esos ojos de soles. Él se levantó suspirando, le estrechó las manos, y las retuvo unos instantes. Alegremente ella abrió el morral y le mostró unas hierbas y unos frascos que llevaba. Le contó sobre las propiedades de la caléndula, que cicatriza la piel y las tristezas; de la mandrágora, que concede sueños dorados y vigoriza la fertilidad; de la mejorana, contra las cefaleas, y del beleño, el ajenjo, la belladona... Le reveló que ella misma las cultivaba y preparaba esos jarabes y ungüentos.

Él se entusiasmó y le sugirió que entonces ella podría curarse el patatús para cuando él le ganara al alquerque. Ella le hizo un gesto con la mano imitando el cacareo de un ave. Y le comentó que justamente frente a ellos creía haber visto un tablero grabado en piedra, en un escalón del pórtico de la iglesia, cerca de la columna.

Había poca luz y, sin embargo, lo encontraron. Los astros parecían alinearse, un acólito salió del templo y encendió el tederio del pórtico. Ella encontró en su morral algunas almendras como fichas, él recogió de la calle las piedras que le faltaban, y algo incómodos sobre la escalinata se dispusieron a jugar.

El tiempo había sido piadoso en esas épocas difíciles, y el alquerque se jugaba igual al antiguo quirkat. Solo para exquisitos se agregaba soplar fichas al adversario: eliminar aquellas que no ejecutaban la captura.

La lucha comenzó. Poco después era intensa, pero desigual. A un lado del tablero ella acumulaba piezas rivales y él tan solo malhumor.

Acordaron una tregua mientras pasaba una decena de hombres flagelantes. Iban con el torso desnudo, azotándose con varas y látigos, rogando a Dios misericordia por el castigo de la peste. Sus cánticos y lamentaciones se perdieron en la oscuridad.

A la luz del tederio ella y él se concentraron nuevamente en la partida.

Cuando él había logrado conquistar una almendra volvieron a interrumpirlos. Una mujer venía corriendo hacia ellos dando alaridos y reconocieron a la madre del niño. *¡Perverso hijo del diablo!, ¡maldito judío que has corrompido con tu ponzoña la sangre de mi hijo!* La acompañaban algunos oficiales y gentes furibundas que agitaban puños, palos, y coreaban

sus insultos. *¡Maldito!, ¡maldito!* Antes de llegar al pórtico, la mujer cayó de rodillas con los brazos en alto. *¡Salva a mi hijo, Señor, que delira de fiebre!, ¡el judío quiere quitármelo!, ¡el judío quiere ofrendárselo al demonio!*

Él se levantó horrorizado, y cayeron algunas fichas por la escalera. Tartamudeó explicaciones que nadie escuchó y dos oficiales se adelantaron y lo tomaron preso. Una mujer le quitó a ella el morral mientras peleaba con los guardias y vació su contenido en el suelo. *¡Sacrilegio! ¡Vean, es una bruja! ¡El hebreo y la bruja en la casa de Dios invocando a Satanás con sus maleficios!*, escupió. *¡Justicia, justicia!, se oía bramar, ¡justicia, justicia!*

La horda, cada vez más numerosa, arrancó a los presos de las manos de los guardias. Los ataron y llevaron a golpes hacia el cementerio de las moras, detrás de la iglesia. Allí, en unos minutos armaron dos postes y una pira.



Él y ella rogaron a Dios por sus almas y por el milagro de la resurrección. Las llamas les besaron los pies y lamieron sus cuerpos... hasta limpiarlos de todo mal.



Desde los primeros días de octubre, vientos y aguaceros fustigaban por momentos la isla. Pero ese viernes, la lluvia era continua y torrencial.

Ella había subido al tren en La Habana. Él también, apenas unos minutos más tarde, y ocupó el vagón de atrás.

Ella canturreaba una canción que solía escucharle a su abuela:

*Las muchachas de La Habana  
no tienen perdón de Dios*

*pues se van con los ingleses  
tras los bocoyes de arroz.*

Era la hora de la siesta y llegarían pronto a Matanzas.

Acomodó el ramillete de flores en su cabello, tomó una revista que había dejado a su lado, en el asiento vacío, y comenzó a abanicarse. Se preguntó si la criandera lograría juntarle a los niños esta vez. La lluvia prometía continuar, ¿quién podría levantarlos temprano en el barracón para enseñarles a leer?

En el vagón de al lado, él se dejaba ir por la ventanilla. A través del vidrio, imaginaba más de lo que podía ver. Las plantaciones, las haciendas, los ingenios, ahora anegados. Se preguntó si lo lograrían. Tanto esfuerzo, tanto arriesgar los estudios, la familia, aun la vida, por la libertad del país y de los negros. Ya

había habido fusilamientos. Pero la reunión con el Maestro y los Hermanos de Matanzas lo tenía entusiasmado. Quién diría, su primer artículo en el periódico.

El tronar de la locomotora anunció el arribo. Ella se dispuso a cerrar la pequeña maleta. Él avanzó rápidamente hacia la puerta y descendió entre los primeros pasajeros.

En la estación, la lluvia formaba una espesa cortina de agua a los lados de la galería. Y más allá, la ciudad, los ríos, el valle, las montañas, se vislumbraban como borrones. Él observó que los viajeros eran pocos, caminaban en círculo atontados por la lluvia, y calculó, mirando los vagones, que solo restaba que bajaran algunos. Entonces le pareció verla. Corrió adelantándose al mozo del tren, se apuró en quitarse el sombrero, y le extendió la mano para ayudarla a bajar. Ella, sorprendida, le agradeció. Desde

aquella fatalidad tras la iglesia, el pentáculo del tiempo contaba las centurias transcurridas, y las últimas cinco habían venido a estas tierras atravesando el océano, cargando ejércitos que imponían sus dioses, sembraban muerte y saqueaban las riquezas.

Los mozos de estación anunciaban a los viajeros que podrían ocupar el salón de pasajeros hasta que aflojara el temporal y circularan nuevamente las volantas que los llevarían a los hoteles o a sus casas.

Ella y él fueron hasta allí y se sentaron en los bancos de tablillas. Él prendió un cigarro, ella sacó de su equipaje un dominó y unas damas que llevaba a los niños. Sosteniendo un juego en cada mano, le cantó:

*Con esos ojos que tienes,  
y ese modo de mirar,*

*¡ay, chiquillo, me confundes!*  
*¿Cuál tenemos que jugar?*

Señalando hacia ella con picardía, él abrió la boca para contestarle... pero al instante estalló un trueno que pareció bramar el mismo infierno.

En el banco colocaron la maleta, y sobre la maleta el tablero y las fichas de madera. El tiempo había ensayado a combinar el alquerque con el ajedrez. La tabla de juego era ahora un damero de sesenta y cuatro casillas a dos colores, y allí se enfrentaban, hasta aniquilarse, veinticuatro fichas similares a monedas: doce peones blancos y otros tantos negros. La novedad eran las reinas: los peones que alcanzaban el extremo contrario se coronaban damas y obtenían poderes infinitos de movimiento.

Acomodaron las fichas. No se decidían a jugar todavía. Oían al viento lanzar objetos contra los muros. Afuera volaban carteles, ramas, tejas, gallinas. Los ríos, cebados de agua y viento, comenzaron a lanzar su caudal en marejadas sobre las calles, las casas, las vías, la estación. Así sus lenguas se metieron por debajo de las puertas, alcanzaron los pies de las gentes, y ávidas, iban por más.

Él y ella corrieron con los otros pasajeros y empleados hacia el piso alto donde se alojaban los operarios, pero no bastó, al rato debieron subir a los techos. Ya anocheecía y la luz de los relámpagos iluminaba las masas de agua que tragaban la ciudad a bocanadas. Ella descubrió en su bolsillo una ficha y la apretó, rogando; él miró el cielo, murmuró que parecía aflojar el vendaval. Pero el tiempo se burló una vez más y luego de unos instantes de calma sopló

furiosamente en dirección contraria. Entonces el remolino levantó el océano, una ola gigantesca se precipitó sobre la ciudad, y al volver... estrelló las naves unas contra otras, tironeó de los puentes, arrancó las casas de la bahía, los árboles, las vías, y se llevó a las gentes que se aferraban a los techos, a ella y a él que se gritaban promesas y clamaban por Oyá y por Dios, hacia el abismo del mar.



Sentados frente a la pantalla, ella y él bebían su café. Apenas unas calles separaban las residencias de estudiantes que ocupaban en el campus. Oscurecía.

La vida, ansiosa de saberes, había desplegado sus alas hacia el norte. Transcurrían tantos siglos como gramos, según dicen, pesa el alma.

Ya ubicados, dispuestos a presenciar la clase de astrofísica, ellos se habían descubierto desde lejos y mediante señas decidieron encontrarse. Al salir del observatorio ella lo tomó desde atrás; entonces él le amagó una técnica oriental de derribo, y dando gritos, cayeron los dos en la tierra. Comentaron su coincidencia en la universidad y se quejaron de la extensa carga horaria. Les llevó un rato confrontar agendas, hasta que encontraron fecha para retomar la partida.

Ese viernes se conectaron. Nevaba, ya casi era noche.

A través de la pantalla ella y él hablaban de sus cosas. Venían de países y culturas diferentes, y ahora compartían —además del juego— la pasión por el universo. Mientras se preguntaban sobre sus estudios y campos de investigación, curioseaban uno del otro, con



miradas furtivas, los detalles de la habitación: la puerta entreabierta del guardarropa, las huellas en la cama, los objetos...

Iniciaron el juego a la hora establecida y lo configuraron a su antojo. Un cielo profundo se extendió en el fondo virtual y en él resplandecieron las aristas de un damero en holograma, doce fichas como lunas, y otras tantas como soles. Ambos jugadores podían vislumbrarse a través del espacio azulado. Él le recordó a ella el entrelazamiento de los *cuantos*, esas partículas gemelas que comparten la vida sin tener en cuenta el espacio-tiempo. Y le aseguró que él demostraría el entrelazamiento de las almas. Divertida, ella levantó el pulgar y se desearon suerte.

Desde niños, cada uno solía jugar a las damas midiendo su capacidad con el ordenador. Y más tarde la ciencia les enseñó combinaciones probables de posiciones de juego.

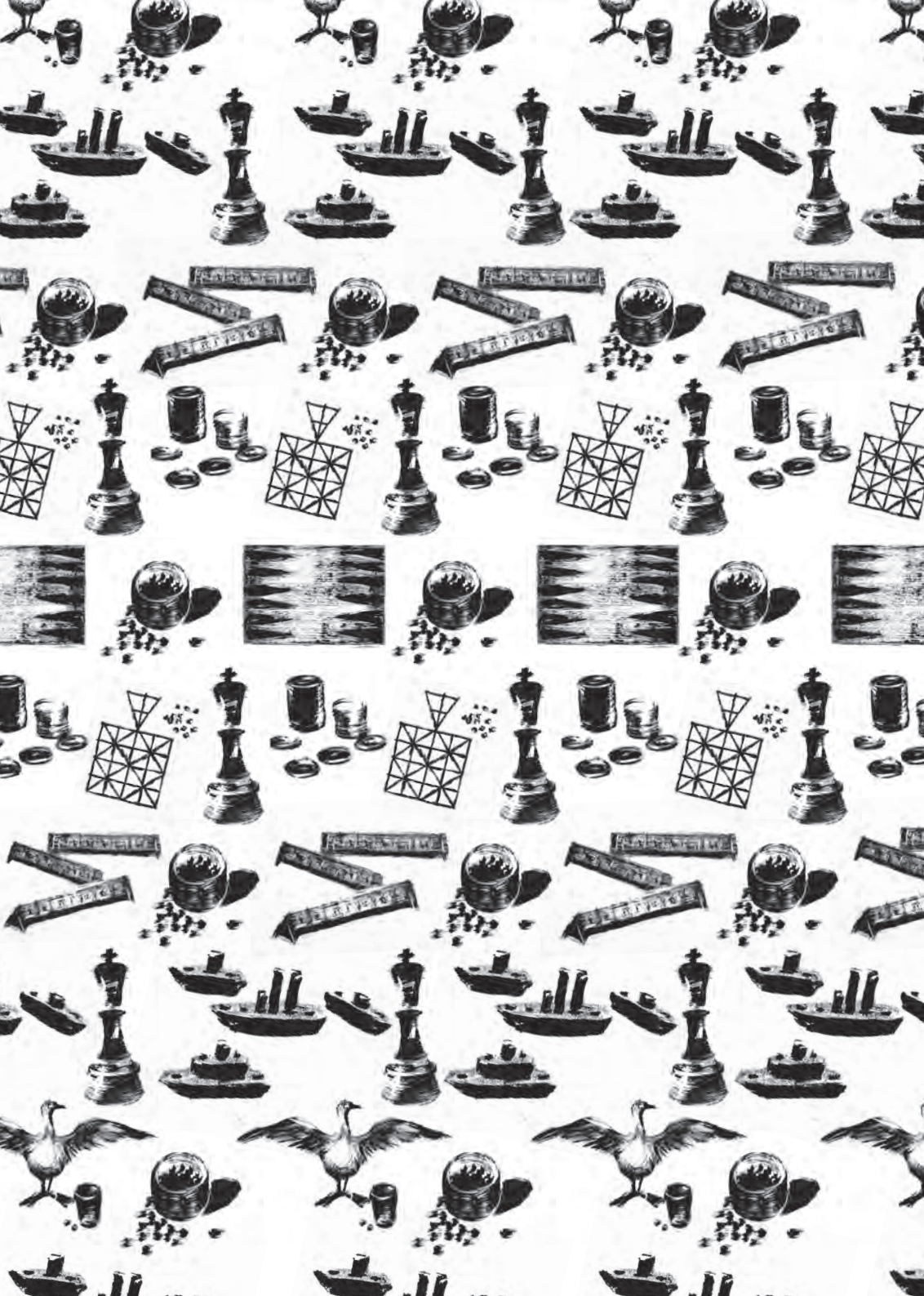
Ahora movían las piezas deslizando sus dedos sobre la pantalla. Avanzaban evaluando el campo, calculando estrategias, en base a predicciones matemáticas y estadísticas.

Afuera seguía nevando. En el ángulo inferior de la pantalla, el reloj perdía los últimos restos de arena.

Con un gesto gracioso, ella movió una pieza. Él, en el azul, sonrió. Se oyó entonces un sonido, una especie de clamor, comenzó a vibrar suavemente el damero y se formó debajo, luminosa, la palabra *tablas*.

Ella y él se miraron a través de la pantalla. Levantaron las manos, y cada uno apoyó las palmas en las del otro para despedirse. Entonces el tiempo, que ya no reía, cansado de que ellos se burlaran y pretendieran demostrarle al mundo su inexistencia, les tomó las manos, el largo de los brazos, la extensión del

cuerpo, y los fue desapareciendo en el espacio virtual de la pantalla, mientras se oía el eco de sus gritos que rogaban, al Dios que juega al universo, volver y jugar... a otro juego.



Los cuerpos —como los afectos y los vínculos— se enlazan por un hilo: el juego. Múltiples escenarios, diferentes épocas y lugares dan vida a estos cuentos donde se juega a fondo y se pone la vida en riesgo.

En estas historias, a veces realistas, otras fantásticas, los personajes ponen el cuerpo verdaderamente, y los resultados pueden ser dramáticos.

Los temas que van desfilando hacen a la identidad, la libertad, el poder, la sexualidad, el abuso, la familia. Damas, scrabble, go, trapial kuzen, backgammon, ajedrez, batalla naval, juego de la oca se suceden, de tablero en tablero, para dar voz a los protagonistas de estas intensas metáforas de la vida.

